

*Extraña, extraña fue aquella noche de verano.
Un ángel de odio batía su tambor en el cielo.*

A LA MEMORIA DE UNA PEQUEÑA NACIÓN

*Inscripción en carboncillo de Mihály Ursi,
sobre el pedestal de la estatua de alas grandes
en Budapest*

EL GRAN ENTIERRO. EL NUEVO AMO Y SEÑOR DE LA HACIENDA

EL UNO DE SEPTIEMBRE DE 1939 un diario de Budapest, cuyos titulares de portada proclamaban: «ESTA MAÑANA LOS CAÑONES ALEMANES RUGÍAN EN LA FRONTERA POLACA» insertaba en una de las páginas interiores el siguiente artículo:

«El Conde István Dukay, del Ducado de Hemlice, vástago de la rama de los Ordony, fundadores de la nación, caballero de la Orden del Toisón de Oro, ha fallecido inesperadamente esta tarde, a los setenta y un años de edad. Su muerte, en este fatal día histórico, parece como si quisiera dar a entender que István Dukay ha sido la primera víctima del cañón alemán, como si el finado se hubiera hallado apostado en la tronera de algún antiguo baluarte y hubiese recibido en pleno pecho el impacto de un obús, como si su chistera, su clavel blanco y su bastón de paseo hubiesen sido pasto de las llamas. Todo esto no es

pura fantasía. El ataque al corazón le sobrevino anoche al anciano Conde mientras estaba escuchando por la radio el parte de guerra. Su muerte no significa únicamente la muerte de un solo individuo, sino la de toda una época, porque a veces las épocas más duraderas sucumben también de un súbito ataque al corazón ante las primeras descargas de un intenso cañoneo. Los coroneles porfiados de los que nos habla luego la Historia no suelen aceptar estas coincidencias hasta transcurridas varias décadas.

»La muerte de István Dukay plantea el problema del destino de uno de los territorios más vastos de Hungría: la propiedad de cuarenta y cuatro mil hectáreas, el majestuoso castillo de Ararat, el ancestral palacio Dukay de Septemvir Utca, incontables casas arrendadas, minas, molinos, fábricas de azúcar e innumerables obras de arte. El heredero legal, el Conde Ostie, ha residido durante estos últimos años en Nueva York. ¿Renunciará a la presidencia de su gran empresa norteamericana, la *Republican Agricultural Chemical*, por la soberanía sobre el castillo de Ararat? Esta cuestión despierta, como es natural, el interés de la opinión pública húngara, no sólo desde un punto de vista social, sino también político. Si el Conde Ostie opta por América, esta enorme fortuna, en manos del Conde Johy, se convertiría en instrumento de la política nazi. Esperamos firmemente que el Conde Ostie, en las actuales circunstancias, entienda cuáles son sus deberes para con su patria y el alcance de su buen nombre ancestral. Parece poco probable que, ni por un instante, vaya a preferir Nueva York a Ararat».

Carta de Ostie a su mujer, en Nueva York

Ararat, 5 de septiembre 1939

Mi muy querida Gwennie:

Me temo que la tormenta de la guerra que ha estallado impide el buen funcionamiento de las líneas telefónicas, pues ayer apenas pude oír tu voz. Ahora que mi decisión definitiva ha sido tomada, ya sólo quedan por cumplir las formalidades del traslado, y a finales de mes emprenderé el viaje de regreso. Mi plan consiste en añadir un ala a nuestra casa de Connecticut. La llamaré el «Pequeño Ararat», e instalaré en ella a toda la familia, si quiere ir. No insistiré en que Johy vaya, pues no quisiera causarle a Hitler una pérdida tan irreparable.

Pero he de ponerte al corriente de todo, por orden, y hablarte en primer lugar del entierro de papá. Cuando por la tarde volví a la clínica, las diligentes enfermeras no sólo habían ya quitado la ropa de la cama, sino también la cama. Papá yacía en el suelo, sobre el colchón desnudo. Figúrate la impresión que me causó. Parecía un objeto abandonado, sin ningún valor. Aquel cadáver en el suelo revelaba de manera implacable la terminante fuerza de la muerte. ¡Pobre papá! Parecía mucho más pequeño que en vida. Creo que esto les ocurre a todos los muertos, como si en vida pudiéramos en cierto modo engañar a nuestros semejantes. Pero en esos momentos la verdad sale a la luz. Tenía las mandíbulas trabadas con un pañuelo blanco como si, después de muerto, sufriese de un terrible dolor de muelas y lo aguantara con su característica y señorial calma. Durante un buen rato estuve contemplando su bello rostro oriental, de cuyo pálido perfil sobresalía la nariz

de los Dukay, que parecía más grande. Si no me equivoco, fue Flaubert quien escribió que las narices de los muertos siempre se agrandan. Hubiera querido sentarme a su lado en el suelo, en aquella habitación vacía, pero temí que alguien pudiese abrir inesperadamente la puerta y me viese. No podía apartarme de su lado. Mamá había puesto entre sus manos cerradas un crucifijo de oro. Sobre su pecho se marchitaban algunas rosas depositadas por Zia, y en su frente lucía una leve mancha encarnada, ahí donde Kristina lo había besado por última vez.

Una hora después, en Septemvir Utca, se hallaba ya reunido el consejo de familia para tratar de los detalles del entierro. Kristina, que sólo sabe expresarse como los Habsburgo, y que asistió al sencillísimo entierro del rey Carlos, en Madeira, opinó que debíamos organizarle a papá un entierro de una ostentosa sencillez. Pero tío Peti, basándose en las antiguas tradiciones, ¿recuerdas?, hace nueve años organizó la colosal fiesta del casamiento de Zia y Filippo, traía en su cartera unos detallados documentos sobre «grandes exequias», como si tuviese que ser un espectáculo de Hollywood. Consultados los archivos de la familia, tomó como modelo el entierro del Conde Benedek Dukay, durante el siglo XVI. Era la primera vez que yo presidía una reunión familiar como aquélla, la cual, como puedes imaginar, no se desarrolló precisamente como una junta general de accionistas en Nueva York. Entre el extremismo de Kristina y el del tío Peti, opté por una solución intermedia.

A las ocho de la noche el catafalco estaba dispuesto en el vestíbulo de palacio, donde durante toda la noche fue velado por lacayos ataviados con las suntuosas libreas de los Dukay. Innumerables coronas recubrían los muros. Sobre un almohadón de terciopelo yacían las condecoraciones papales, el collar del

Toisón de Oro, la Corona de Hierro de primera clase, la Gran Cruz de la Orden del Papa, la Legión de Honor francesa, en total unas dieciséis condecoraciones. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, el público comenzó a acudir. Todos contemplaban el rostro de papá como si fuese el de un Tutankamón húngaro bajo una máscara de oro, el difunto faraón de una exótica belleza viril, con sus riquezas, rango, alegría y frivolidad. Supongo que contemplaban también su vida, como si hubiese transcurrido veloz, montada en una carroza engarzada de joyas, tirada por ocho caballos, o bien como si recordase un cañón de museo, un objeto pasado de moda que ya no se fabrica en los talleres del siglo xx.

Por la noche acompañamos el féretro a Ararat. El castillo estaba dispuesto con toda su pompa funeraria. El día 3, domingo, por la mañana, se dijo una misa de difuntos en la capilla del castillo, oficiada por tío Zsigmond. En el vasto patio en forma de U se reunieron más de mil personas, en completo silencio. Parecía que hasta las fuentes quisieran superarse a sí mismas para la ocasión. Los chorros se elevaban de forma inusitada y caían formando un irisado polvillo de agua bajo la luz del sol.

Nosotros, los familiares, esperábamos en el gran salón rojo, que estaba iluminado por esa luz verde-oro que reluce en el dorso de algunos escarabajos. Las ramas del venerable nogal silvestre filtraban la luz, que penetraba por los ventanales, bañando no sólo los marcos de los cuadros, sino también los zapatos de Kristina y la punta de la nariz episcopal de tío Zsigmond. Te cuento estos detalles para que puedas juzgar lo irreal que me parecía todo lo que me rodeaba. La casa la en la que yo había nacido y crecido me resultaba, después de haber vivido unos años en Nueva York, totalmente extraña. Debido a la gran profundidad de la habitación y a la antigüedad de los muebles y pinturas, el ambiente evocaba

el de una corte principesca en Florencia, o el de los grandes castillos del Loira en los días anteriores a la Revolución Francesa, o quizá, aun más, el del *Tiers État*¹ post-napoleónico, lo cual, mientras viví aquí jamás había detectado.

Mamá estaba de pie en el centro de la habitación, con su habitual porte regio. A su derecha se hallaban Kristina y Zia, totalmente cubiertas con tupidos velos de luto. Sólo sus rostros permanecían al descubierto. La aparición de Johy, con su camisa parda del Partido, en el entierro de su padre, provocó un escándalo general. Tío Peti lo llamó al orden, pero él replicó que su indumentaria era un «uniforme militar». Yo, ni le dirigí la palabra. Tu favorito, Rere, con su modestia propia de un ser retrasado, quedaba un poco fuera del marco en aquel cuadro familiar, pero, a juzgar por su impresionante expresión de beatitud, daba la sensación de que creía que toda aquella gente se había reunido en su honor. Mantenía su sombrero de copa sobre el pecho como si fuese un voluminoso cáliz con el que se dispusiese a brindar a la salud del Primer Ministro, que se hallaba presente. Únicamente de vez en cuando fruncía la nariz, porque la camisa parduzca de Johy exhalaba un intenso olor. En el grupo de parientes lejanos que todavía podrás recordar, se hallaba tío Dmitri con su cráneo calvo, el largo y escuálido bigote pajizo, unos raídos pantalones y zapatos sin lustre, ofreciendo el aspecto de un pelele que, durante la revolución de Lenin, hubiera sido desposeído de sus doscientas mil hectáreas de tierras en los Urales para convertirse en un locutor de la radio húngara. Y a su lado

1. En francés: El «Tercer Estado» o «Tercio» designa, en las instituciones francesas del Antiguo Régimen, a los diputados electos en los «Estados Generales», en representación de las ciudades con privilegios, es decir, a los diputados de la burguesía.

se hallaban dos de mis primos: el retaco marqués de Ferreyolles, con su cuello corto, descendiente del mariscal del Rey Sol, y el barón Ubul Lerche-Friis, de ascendencia danesa, el genial y ligeramente tembloroso Ubi, tu compañero de mesa en el banquete de bodas de Zia. También tú estabas presente en la sala, gracias a tu retrato de tamaño natural que sigue colgado encima del piano. Mientras esperaba, te dediqué algunas ojeadas. Tus ojos pintados miraban desde lo lejos, muy lejos, a aquel conjunto de personas enlutadas, como si la tumba estuviese aguardándonos al cabo de una hora, no sólo al cabeza de familia, sino a todos nosotros. Tu mirada desde el gran marco decía: «¡Vuelve, no te quedes con ellos!». Todos parecíamos trágicas sombras sobre un continente perdido. Mamá, enlutada de pies a cabeza, parecía representar a Europa en el centro del grupo. Kristina, con sus negros velos y mantillas, el desvanecido humo de los sueños de los Habsburgo. La alta y frágil figura de Johy, con su «impresionante belleza de Nibelungo», de perfil, su infructuosamente enmascarada arrogancia y la mano apoyada rígidamente en la cadera, representaba aquel espíritu germánico que, desde los emperadores carolingios, se ha enfrentado a todos los pueblos de Europa con una inextinguible sed de poderío. Hitler quiere ahora ser el amo del mundo, pero Johy es más modesto y se contentará con serlo de las tierras de Ararat. Zia encarnaba en el grupo la aristocracia de la Cenicienta, mientras que la afectada mueca de idiota de Rere representaba los millones de seres humanos imbéciles que, una vez más, serán llevados al matadero sin la menor protesta.

¿Recuerdas a mi tío Fini, el de las orejas de murciélago? Cuando redactamos la esquila quiso suprimir de la ornamental lista de familiares el nombre de Mihály Ursi porque *dieser bauerische*

*Name*² produciría el efecto de una mancha de grasa sobre el lujoso y blasonado papel. Ya sabes cuánto quiero y respeto a Mihály. Además, es un Ostiako. Se mantenía alejado del grupo, con su hijita de tres años, la única nieta Dukay, cogida de la mano. Con su ancha y entristecida frente permanecía de pie bajo el retrato de papá vestido con la casaca roja de caza, como si fuese la conciencia viva de Europa, o mejor dicho, del mundo entero. Cada vez que lo miraba, me acordaba del último artículo del rector de la Universidad de Harvard, en el que, el tal Mr. Conant decía: «Hay hombres que los comunistas creen que son fascistas y los fascistas creen que son comunistas. Es triste decirlo, pero esta inapreciable y progresiva especie humana se está extinguiendo en los Estados Unidos». La pequeña Zizi levantó la vista hacia su padre e inesperadamente rompió el silencio balbuciendo estas palabras:

—Papá, ¿te van a enterrar a ti también ahora?

Únicamente Zia sonrió entre lágrimas. El grave y silencioso cónclave asestó unas miradas de reprobación a Zizi. Mihály se inclinó hacia la chiquilla para tranquilizarla, y supongo que le dijo que de momento no sentía el menor deseo de yacer en el mausoleo de los Dukay.

Finalmente emprendimos el camino. Detrás del féretro, yo llevaba a mamá del brazo. Después venían los cuatro hermanos, Kristina, Zia, Johy y Rere. Al principio se produjo cierta confusión porque los sirvientes tuvieron alguna dificultad en arrancar de las manos de Rere un parasol rojo de mamá. Rere tenía razón: el sol abrasaba hasta el extremo de que incluso el tío Zsigmond tenía que enjugarse a cada momento el sudor del cuello.

2. En alemán: Ese nombre (de) campesino.

El primer grupo del cortejo, inmediatamente detrás del ataúd, estaba formado por la familia y los parientes, los miembros de la aristocracia, el Gobierno, el Parlamento, los militares y los representantes de las legaciones extranjeras. Unos metros más atrás, venían los administradores de las cuatro haciendas de los Dukay. Detrás de ellos, Mr. Johnson, el jefe de cuadras inglés, llevando de la brida el caballo favorito de papá con la silla vacía.

Después seguía el personal del castillo, compuesto por cincuenta y dos personas, presididas por *Herr Gruber*, «Grubi», a quien tanto quieres, y que durante cuarenta años fue el secretario privado de papá. El dolor que se dibujaba en el rostro de todos revelaba no sólo reverencia y respeto hacia papá, sino, al mismo tiempo, preocupación por los respectivos empleos, en los que durante largos decenios habían podido robar a sus anchas.

De acuerdo con la organización de tío Peti, detrás de la servidumbre iba un coro de colegiales de Ararat, y después, doce mendigos enlutados con antorchas encendidas y cruces de madera. A continuación venían los jóvenes del pueblo, a caballo, con sus sombreros adornados con espolines silvestres, sus capas magiars y sus anchos pantalones, sosteniendo la brida con la mano izquierda y llevando en la derecha una vieja alabarda encontrada en la cámara del castillo. Luego, para gran sorpresa mía, venían los frailes dominicos y franciscanos con sus capuchas. Yo había suprimido del desfile este número, pero tío Peti volvió a incluirlo. Finalmente, montado en un caballo con caparazón y unas gualdrapas que ostentaban el estandarte rojo y azul con franja de oro —el ancestral estandarte de seda rasgado por las balas de tantas batallas—, venía un caballero con armadura y visera cuya identidad me era desconocida. Hasta más tarde no supe que aquella armadura de pecho de pavo ocultaba a mi criado,

Tobias. Pero no querría que encontrases cómica esta comitiva. Al contrario, había en ella cierta dignidad trágica, de sabor antiguo. Tío Peti dio muestras de un gusto refinado al resucitar todas estas tradiciones. Al salir el cortejo del patio de honor, encima de una mesa comenzó a zumbar una cámara cinematográfica, igual que en el casamiento de Zia, ¿lo recuerdas? No me cabe duda de que podrás ver el entierro de papá en algún cine de actualidades de Broadway: ENTIERRO DE UN SEÑOR FEUDAL HÚNGARO.

El misterioso caballero armado iba seguido por diversas delegaciones, entre ellas las de los «Leales súbditos legitimistas de la sagrada Corona magiar», el «Casino de los magnates», la «General de fertilizantes artificiales», el «Club ecuestre», la «Federación de descendientes de Arpád», la «Asociación de criadores de cerdos» y sabe Dios cuántas más. Oficiosamente, desde luego, iba entre estos delegados el enjuto y anciano jorobado barón Hici, que, como yo sabía, era el presidente en activo de la «Federación internacional de coleccionistas de fotografías curiosas», cuyo presidente honorario había sido papá. El pobre papá, que no se vio capaz durante estos últimos años de asistir ni siquiera a las reuniones sobre sus tierras, alquiló la última temporada un avión, por primera vez en su vida, a fin de presidir la asamblea anual de esa federación, en Ámsterdam.

Siguiendo al público, cerraba la comitiva una banda de veinte músicos zingaros, pero ninguna música sonó, contrariamente al casamiento de Zia. Aquellos hombres de rostro ahumado, las «golondrinas», como los llamaba papá, llevaban, calladamente sus violines debajo del brazo, cubiertos con una gasa negra. La negra comitiva avanzaba en silencio como una gigantesca sombra oscura, proyectada por la nueva Guerra Mundial sobre los parte-

res de color esmeralda. En aquellos momentos el embajador británico estaba entregando la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. En medio del profundo silencio, únicamente se oían a lo lejos las campanas del pueblo en el valle, casi imperceptibles, como si el inmenso toldo formado por las hojas de los árboles del parque hubiese desterrado de la vecindad del castillo, junto a todos los demás ruidos, el leve tañido de las campanas de la iglesia. Podrás comprender cómo todas estas sensaciones bullían en mí. Una rueda del coche mortuario estaba mal engrasada y sólo se oía su chirriante gemido. Era como un leve sollozo, como si el cuerpo desnudo de una ninfa legendaria en la vida de papá fuese descuartizado entre los radios de la rueda. Afortunadamente, el coro de chiquillos lo velaba con un impresionante himno funerario. Después, el silencio se hizo más profundo todavía. El grito arrebatado y agudo de un ave de rapiña resonaba en el aire, de debajo de las hojas irrumpía el solitario *cello*³ de una tórtola oculta, que se escabullía alarmada ante nuestra proximidad. En el valle Klementina un corzo salió huyendo entre los matorrales. Se detuvo confuso delante del coche mortuario, y durante aquel breve instante pareció que hubiese acudido, a petición de todos los animales silvestres de la selva, a contemplar el último paseo de su cazador. Después, salió huyendo hacia el coto de caza, mostrando en alto la mancha blanca de su rabadilla.

Por fin llegamos al panteón. En vez de musitar oraciones fúnebres, los zingaros rodearon el féretro, se colocaron los violines bajo la barbilla y comenzaron a tocar muy suavemente. Aquello era tan impresionante que se me saltaron las lágrimas. Tocaban el fragmento favorito de papá, la famosa canción de Dankó: «Que

3. Italianismo por violoncelo.

el violín enmudezca y ningún pájaro cante...», con cuyo acompañamiento, durante la juventud de papá, los sables de los húsares rompían los espejos de los cafés, volaban billetes de gran valor nominal por encima de los címbalos, y los proyectiles de las pistolas de los amantes decepcionados destruían violoncelos y contrabajos, izados por los músicos. Todo el mundo estaba conmovido, todo el mundo percibía en aquella maravillosa y suave música que, en aquel momento, realmente «el violín enmudecería» y «ningún pájaro cantaría» durante mucho tiempo en la historia del hombre. Tras la soñadora y suave cadencia de los violines todos los allí presentes oímos con claridad el tétrico retumbar de los cañones alemanes... en nuestras mentes, claro está.

El tío de las orejas de murciélago, el príncipe Fini, se había opuesto durante la reunión familiar a la intervención de la orquesta zíngara. Lo consideraba una costumbre magiar y bárbara, de mal gusto. Reprimiendo un bostezo, se volvió hacia tío Cini, que estaba a su lado. Debes de recordarlo, es aquel que fue ministro con la monarquía, y que incluso hoy está considerado como un hombre de la mayor experiencia en política mundial.

—*Sag'mir*,⁴ Cini —susurró Fini, en alemán—, ¿qué te parece? ¿Nos meteremos en este lío también?

Tío Cini, que estaba mirando la puerta del panteón con unos ojos inyectados en sangre, creyó que el «lío» era el panteón, pero Fini añadió a tiempo:

—Me refiero a la guerra. ¿Entraremos nosotros, los húngaros?

Siempre me suena mal cuando oigo decir a dos aristócratas alemanes, que ni siquiera conocen el húngaro: «Nosotros, los húngaros».

4. Dime (en alemán).

Tío Cini negó con la cabeza, con tanta decisión que su viejo rostro apergaminado casi crujió.

—*Ungarn? In diesen Kriege?*⁵ ¡Absurdo!

Su respuesta no alteró, sin embargo, mi decisión, y así lo anuncié la tarde siguiente en la reunión familiar. Dejé que mamá ejerciera de presidenta, pues ya sabes cuánto le gusta presidir sociedades católicas femeninas. En resumen, lo que dije fue: «En vista de que mi matrimonio y mis negocios me ligan a América, considero esencial designar a un representante permanente para que cuide de los asuntos de la hacienda». Parecía natural que yo nombrara al segundo heredero, a Johy. Johy trataba de mostrarse gallardo y resuelto, pero estaba tan nervioso que se pasó dos dedos por el cuello, como si la camisa parda lo ahogase. Herr Gruber me había dicho que Johy había perdido recientemente otra abultadísima cantidad en el juego, en el Vienna Jockey Club.

—Mi primera intención fue nombrar a tío Peti —continué—, pero temo, no tanto debido a su avanzada edad como por los resultados de sus valiosas investigaciones lingüísticas, que una tarea tan agotadora...

Tío Peti, cuyas facciones eran en aquel momento una mezcla de las de un halconero asiático y de un profesor de universidad enfermo del corazón, se acarició pausadamente la barba y asintió distraído. Debes de saber que su enfermedad del corazón se origina a raíz de la incesante batalla que ha estado librando durante años contra sus rudos adversarios en las columnas de *Nuestra Lengua*, sin ceder nunca ni un ápice en su teoría de que la palabra *Hun* deriva de *Hiung-yang*.

5. En alemán: ¿Húngaros? ¿En esta guerra?

—Desgraciadamente —proseguí—, para esta tarea los miembros femeninos de la familia no entran en liza.

Johy estaba rojo y verde de expectación, porque después de este preámbulo mío sólo podía ser citado su nombre. Mis palabras resonaron casi ceremoniosamente.

—He resuelto, por consiguiente, revestir de una absoluta autoridad para dirigir los asuntos de la hacienda a mi hermano político Mihály Ursi.

A mi declaración siguió un silencio mortal. El semblante de mamá se mantuvo impasible y Kristina miró hacia el humo de su cigarrillo, pero Zia giró impulsivamente la cara hacia mí y me dirigió una mirada llena de terror, protesta y reproche. Dueño de mí, no miré el rostro de Johy. Únicamente vi que se levantaba y salía de la estancia. El rostro de mamá, mientras veía a Johy salir, parecía expresar el temor que de un momento a otro se oyera una detonación, por si a Johy se le ocurría levantarse la tapa de los sesos. Yo no temía que ocurriera nada. En efecto, a los pocos segundos Johy volvió con un ejemplar de *El gran barbecho* en las manos. Recobró su sitio, hojeó el libro y, recalcando cada palabra, con una voz agria de excitación se puso a leer:

—«Los húngaros se hallan asentados sobre este tesoro de recursos naturales, donde hay cuatro millones de campesinos sin tierra, condenados a morir, cuando estos campos podrían dar de comer a treinta millones de seres humanos. La llave de este tesoro ha sido arrebatada por los Dukay y sus semejantes. En los latifundios feudales y de la Iglesia veo a los asesinos de toda una nación».

Johy cerró el libro con el gesto de un gran prestidigitador que acaba de sacarse un conejo de la chistera. Mi pobrecita Zia posaba su mirada de una cara a otra, como si la acusada fuera

ella. Lamento infinitamente que no estuvieras aquí, pues habrías podido ser testigo de un modo de pensar magiar, verdaderamente aristocrático. Tío Peti habló en primer lugar, en medio de un ingrato silencio, con el mismo tono que en una sesión de la Academia. Al dirigirse a Johy había en su voz un tono paternal, pero también un punto de severa y digna reprimenda. De nuevo lamenté que no hayamos tenido hijos, porque tengo la impresión de que esa rama de los Dukay no es la más indicada. Esto es lo que tío Peti dijo:

—Tampoco yo estoy enteramente de acuerdo con este fragmento del libro. Pero aquí no estamos ni en Berlín ni en Moscú. Nosotros respetamos la libertad de pensamiento y de crítica. Esta cuestión no entra en el ámbito de una reunión de familia. Cuando Mihály escribió este libro no pertenecía aún a nuestra familia, ni siquiera conocía a Zia. Si traspasó los límites legales de la crítica, lo ha pagado ya, puesto que los tribunales húngaros independientes lo condenaron a un año de cárcel.

Giró su cara de halcón hacia mí, y añadió:

—Apruebo enteramente tu elección.

Zia, que nunca puede ver que se hace justicia sin verter lágrimas, ocultó la cara entre las manos. También yo estaba profundamente conmovido por las palabras de tío Peti. No querría hacer frases grandilocuentes, pero creo que también tú habrías notado que en aquellos momentos el remanente del mejor espíritu húngaro libró batalla contra el pensamiento alemán. Mamá, con una gravedad no exenta de gracia, agitó la campanilla de plata reclamando orden, lo cual era completamente inútil, ya que después de las palabras de tío Peti un profundo silencio se adueñó de todos nosotros. Cuando estuve a solas con Zia, se dirigió a mí:

—¿Qué pretendes de Mihály? Cuando al final he conseguido armar nuestro pequeño nido tranquilo, ¿por qué quieres sacarnos de él? ¿No has visto la cara de Johy? ¡Lo matará!

Me fue difícil tranquilizarla. Le recordé el viejo proverbio húngaro: *A disznótor nem erőszak*, lo cual quiere decir algo así como: Una invitación a comer pavo asado no ha de ser un robo a mano armada. Le dije que tenía que hablar del asunto con Mihály, sin olvidar, además, que si Mihály renunciaba, Johy era quien ocuparía el cargo.

Al día siguiente fui a casa de Mihály. Antes de soltar prenda, intercambió una sonrisa con Zia y después dijo con otra más:

—Acepto el nombramiento, pero me temo que tú no puedes aceptar mis condiciones.

—Veamos.

—Primero, el castillo. Hay cuarenta habitaciones para invitados que llevan años enteros vacías. En esta región hay una gran falta de hospitales. Yo creo que el castillo...

—De acuerdo —le interrumpí.

—También tú, una vez, tuviste la misma idea cuando proyectamos instalarnos en Hungría. Mi otra condición es de mucho más peso —continuó Mihály, tratando de captar la mirada de Zia, sin conseguirlo, porque Zia tenía la vista fija en la alfombra y parecía sufrir—. Gracias a Dios, tus empresas en América te permiten ser económicamente independiente. Sólo aceptaré tu delegación si puedo emplear todo el sobrante de las rentas en una campaña contra el nazismo... Fundar un periódico, folletos, organizaciones...

Sin vacilar contesté:

—Por mi parte, acepto esta condición también, pero tengo que hablar de este punto con mi mujer. Estoy seguro, sin embargo, de que Gwen la aceptará también.

Entonces fue cuando te llamé por teléfono. Creo haberte escrito ahora todo lo que no podía decirte en una conferencia telefónica. Ahora unas líneas más para explicarte cómo se arreglará la situación de la familia una vez me haya marchado. El castillo será convertido en hospital, pero en el ala sur reservaremos unas habitaciones para que los miembros de la familia puedan pasar aquí los fines de semana. Allí estará también el despacho de Mihály. Pasará por lo menos tres días por semana en Ararat. Zia se resistía a dejar su pisito de Buda, o sea la «Fotos Zia». El único habitante permanente del castillo será Rere, para el cual, por consejo del doctor Freyberger, instalaremos un taller de carpintería en un almacén vacío, de manera que pueda tener una ocupación... con unas herramientas que no corten, desde luego. Mientras estaba escribiendo esta carta, Rere ha aparecido de puntillas, se ha inclinado sobre mí y me ha dicho: «Un b--b-be--so para Gwen». La letra B le obliga a expeler un poco de saliva. Puedes ver el rastro en el papel, en la primera página.

Desde ayer mamá se ha retirado a su casita de campo donde, como sabes, se ocupa de sus actividades caritativas en una casa de maternidad llamada la Casa de Cristal. Allí, Según Kristina, ocurren cosas sorprendentes. No son las mujeres quienes dan la vida a los chiquillos, sino los chiquillos quienes dan vida a las personas mayores, porque mamá contrata a todos los aristócratas arruinados en calidad de encargados de los pañales, cuidadores de los pájaros, inspectores de sonajeros y cosas por el estilo.

Johy sigue conservando su residencia en la calle Septemvir, desde donde irá vendiendo Hungría al embajador alemán, a buen precio. Según Herr Gruber, sueña con llegar a ser muy

pronto el *Gauleiter*⁶ de Hungría. Anoche, durante la cena, entre la sopa y la carne, Kristina anunció que aquella misma mañana se había prometido con un diplomático húngaro llamado Borsitzky. Sin duda, mientras escribo estas líneas se habrá divorciado ya de Borsitzky. Pero lo más probable es que el tal Borsitzky no exista siquiera. Nada más por ahora. Te echo de menos. Muchos, muchos besos.

Ostie»

Pocos días después del entierro, el coche de Ostie avanzaba por las montañosas regiones donde no había población alguna. Su único pasajero era Mihály.

—La cueva que voy a enseñarte —dijo Ostie—, la descubrí cuando tenía once años con un amigo mío llamado Helmut. Helmut, mientras nadaba, encontró un paso subacuático que conducía a una caverna; entonces, atándome una cuerda a la cintura tiró de mí hasta él. Una vez dentro de la montaña, salimos a un lago subterráneo. Trepamos por la orilla rocosa. La lamparilla eléctrica de Helmut iluminó la enorme caverna. Dijo que en lo sucesivo se llamaría «Caverna de Helmut», y con objeto de evitar una disputa sobre los derechos de propiedad me dio un empujón y me hizo caer al lago.

6. En alemán: término utilizado en el Partido Nazi (NSDAP) para designar al jefe o dirigente (Leiter) de una zona (Gau), constituyendo así la forma organizativa superior del partido en el ámbito nacional. Este cargo fue instituido en 1922 por el propio Hitler y definía a los Jefes Políticos del Partido en cada Estado o región alemana. Sólo respondían ante Hitler y eran parte del llamado Cuerpo de Líderes del NSDAP.

—¿Y qué se ha hecho de este Helmut? ¿Es acaso un *Gau-leiter*?

—No. Al año siguiente salió un día con la motocicleta de su hermano, y se estrelló. Por consiguiente, siempre la he llamado «Caverna de Helmut», pero no he revelado nunca el secreto a nadie, excepto una vez, a Zia, y ni siquiera la he llevado allí. Supongo que todo el mundo tiene su caverna, por lo menos imaginaria, un lugar donde retirarse de la civilización, del círculo familiar y de otras torturas de la vida. Mi padre poseía una pequeña estancia en la torre del castillo, que él llamaba «el Gruñidor», donde solía recluirse durante unos días cada vez que se peleaba con mamá. En 1933, cuando Hitler subió al poder, yo era ya miembro del Parlamento y siempre creí representar un importante papel en la política húngara. Siendo el paso subacuático un desagradable camino de acceso a la caverna, con trabajadores traídos de Italia hice construir secretamente un portalón de piedra sobre el nivel del río de manera que hasta un coche o una balsa pueden entrar. Ya verás cómo desde afuera, incluso desde muy cerca, es imposible descubrir la puerta. Imita tan perfectamente el acantilado natural, que hasta un martín pescador ha hecho en ella su nido.

—¿Y qué piensas hacer con esa cueva? ¿Un centro de reuniones del partido?

—No, aunque Helmut había proyectado instalarse permanentemente allí y salir únicamente para raptar mujeres y robar víveres y dinero. La verdad es que parecía ya un centro del partido, aunque no del todo. Pero no me presenté a las últimas elecciones, y despidiéndome definitivamente de la política húngara me fui a América, donde me casé. El resto ya lo sabes.

En una carretera desierta, durante un largo recorrido en coche, la conversación pasa de un tema a otro.

—Papá siempre decía —prosiguió Ostie— que yo no era un conde, sino que parecía un banquero. Tal vez tuviera razón. Yo rebosaba de ideas para ganar dinero. Pensé también en poner el «Restaurante de la Caverna». ¿Te he contado alguna vez la historia del ermitaño? Era un oficial de húsares que servía conmigo. Lo llamábamos Topi. Era un muchacho simpatiquísimo y alocado que derrochaba su fortuna en champán y en música zíngara todas las noches. Un oficial de húsares íntegro como él era, tarde o temprano acaba metiéndose una bala en el cerebro. Topi eligió otra solución. Se fue a vivir a un bosque, de ermitaño. Se puso una túnica y una capucha, se ató una cuerda a la cintura y colgó de ella una cruz de madera. Comía raíces y bayas, y se dejó crecer el pelo y la barba hasta que los ruiseñores anidaron en él. Pasaba los monótonos días sumido en la oración, pidiendo a Dios el perdón de sus innumerables pecados. Atrapó un oseño, lo crió, lo domesticó y acabó durmiendo con él en una cueva. Años después, un grupo de cazadores pasó casualmente por el lugar donde se hallaba Topi, en el momento en que estaba asando una trucha y un zorzal en la hoguera. Quisieron probar la comida. «¡Esto es divino!» exclamaron los cazadores. No quiero alargar la historia. Al año siguiente, una caravana de coches rodeaba la cueva de Topi. Lo único que él cambió de su indumentaria fue que en vez de llevar colgada del pecho una cruz llevaba un sacacorchos. Cargaba cinco veces el precio del champán francés, a pesar de que no pagaba ni alquiler ni contribución por su establecimiento. Los huéspedes estaban encantados de sentarse sobre troncos llenos de musgo y de comer con los dedos. La única iluminación por la noche era una hoguera, pero tocaban dos bandas de zíngaros, y en la «Posada del Ermitaño» unas adorables muchachas, que querían imitar a las ninfas de los bosques, esperaban a los clientes.

Topi se convirtió en un hombre muy rico. Yo arremeto contra este país y no podría vivir en él, pero cuando pienso en estas cosas mi corazón se encoge de emoción. ¿Dónde podría encontrar a un ermitaño como ése en América?

El auto salió de la carretera, y doblando con cautela hacia un sendero entre prados, se detuvo en la orilla del río. En el llano, las raíces de los viejos abedules negros y de los sauces de lisos troncos parecían brazos y piernas humanos doblados por el codo o la rodilla. De vez en cuando, unos lagartos gigantes parecían cobrar forma de fantasiosos monstruos sobrenaturales, ocultándose en la tierra ante la proximidad de aquellos dos individuos. El lugar estaba absolutamente desierto, como si no sólo la vida humana, sino también la animal, hubiesen fenecido en un radio extenso. Bajo la dulce luz de la tarde de septiembre, las hojas de las cornalinas y los espinos se agitaban en señal de un adiós anaranjado y carmíneo. El silencio sólo era interrumpido por el rugido del río en su carrera hacia el Danubio, que únicamente moderaba su fuerza en las bocas de los afluentes, y el Ipoli corría para no frenarla, formando ondas y montañas de espuma, unas veces cayendo de rodillas en el rocoso lecho del río y en los meandros, y otras, estrellándose contra el alto y abrupto acantilado de la orilla opuesta.

Durante algún tiempo Ostie permaneció en silencio contemplando el río. Mihály Ursi tampoco decía palabra. Se daba cuenta de que Ostie no estaba únicamente disfrutando de la belleza del paisaje, sino también despidiéndose de Hungría.

Después tomaron un bote y remararon en dirección a la orilla opuesta donde, un poco más abajo de la corriente, Ostie amarró la embarcación a la pared de piedra vertical. Primero miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie lo veía, y después introdujo

una gran llave en una grieta de la roca. La puerta, bien engrasada, se abrió silenciosamente, como la puerta de una inmensa caja de caudales, con la diferencia de que abrió hacia dentro. El bote fue engullido por la montaña. Dentro, los rayos amarillentos de las linternas danzaron sobre el negro espejo del lago y las altas estalactitas de la gran caverna.

—En la cumbre de esta colina se levantaba en otros tiempos la antigua fortaleza de Zoskay, demolida dos veces, en tiempos de los tártaros y de los turcos —comenzó a contar Ostie—. ¿Has visto alguna vez la fortaleza de Pállfy, en Vöröskö? Todas las antiguas fortalezas estaban construidas de esta forma. Los subterráneos que hay aquí encima tenían escaleras secretas que conducían a las profundidades, en parte para asegurar el suministro de agua y en parte para que los moradores pudiesen escapar si se abrían brechas en los muros de la fortaleza.

Junto al techo de la caverna, de una grieta de la roca brotaba una pequeña cascada que avanzaba zigzagueando por el muro de piedra. Todo estaba como cuando Ostie y Helmut contemplaron aquello por primera vez, murmurando y gimiendo plañideramente, iguales a una vieja bruja con su vestido negro ribeteado de encaje. Daba la sensación de que aquello era la Eternidad condenada a una eterna prisión geológica.

—Ten cuidado, no tropieces —advirtió Ostie, mientras ambos trepaban por los desiguales escalones de la roca—. Fíjate en estos huecos excavados en la piedra. Nuestros antepasados tuvieron a prisioneros tártaros y turcos encadenados a las paredes de unos habitáculos tan angostos, que los desgraciados no podían ni siquiera ponerse de pie. Sin embargo, estas cavidades más vastas fueron probablemente depósitos secretos de armas y víveres.

Siguieron adelante y no tardaron en percibir un trozo de cielo como la palma de la mano, y salieron a una especie de cráter en la cumbre de la colina, donde unos desmoronados muros de negras piedras evocaban antiguos subterráneos, pero en el transcurso de los siglos el populacho se había ido adueñando de las piedras sueltas de las ruinas.

—Nuestros padres tenían un arma maravillosa —dijo Ostie, mientras trepaban a lo alto de los muros y miraban hacia abajo—. Durante el asedio, hacían caer grandes piedras, que como enormes saltamontes rodaban por la abrupta pendiente hasta los campos mongoles, haciendo más daño que una moderna bomba de TNT. Supongo que adivinas por qué te he traído aquí y por qué te he revelado el secreto de la cueva. Ofrece un perfecto refugio, no sólo contra las bombas, sino contra la Gestapo. Espero que ni tú ni tus amigos la necesitéis nunca, pero sólo Dios sabe lo que los años venideros nos deparan. En todo caso, aquí está la llave. Tómala, pero no le digas nada a Zia. Se reiría de los dos.

El sábado por la tarde, Ostie reunió a todos los empleados de la hacienda en la gran terraza del castillo, y mediante una breve alocución invistió a Mihály Ursi de todos los poderes. Los empleados escucharon, guardando un melancólico silencio. Entre ellos se hallaban los más excelsos mayordomos enseñados por *Herr* Jordan, el mayordomo-jefe, quien, y no casualmente, era el vivo retrato del emperador Fernando V, porque su madre había servido algún tiempo como camarera en el palacio del archiduque Carlos-Leopoldo. Estos perfectos mayordomos, adiestrados por *Herr* Jordan, nunca robaron ni un par de habanos de las grandes cajas pintadas con los colores del arcoíris, nunca bebían a escondidas tres o cuatro tragos de coñac francés, como los autores imaginan siempre en sus comedias. Estos perfectos mayordomos hacían

desaparecer enteras las botellas de Hennessy o de Tokay, por docenas, porque sabían perfectamente cómo habían de manejar los albaranes de entrega. Estos perfectos mayordomos encontraban y devolvían siempre las joyas extraviadas de la condesa Menti o de Kristina; en la mayoría de los casos, las sustraían ellos mismos a fin de poder encontrarlas sin dificultad. Sabían muy bien que la honradez de un mayordomo es como los grandes botones de plata de las libreas, a los que de vez en cuando hay que dar brillo. Estos perfectos mayordomos devolvían siempre los billetes arrugados que encontraban en los bolsillos de los huéspedes, los limpiaban y los planchaban, ofreciéndoselos en bandeja de plata, como si se tratase de insignias de la Legión de Honor, pero en las cuentas del banco gozaban siempre de importantes cantidades y empréstitos, producto de las operaciones accesorias de sus tías o de las dotes de sus sobrinas, aunque sus tías hubiesen muerto hacía ya muchos años o no tuviesen sobrina alguna. Inútil decir que, al final, estos préstamos eran siempre devueltos a los bancos por la angelical condesa Menti. Los músculos de sus rostros se mantenían siempre impasibles, pero tras esas máscaras se ocultaban opiniones muy definidas acerca de la vida *intra muros* del castillo.

Ninguno de ellos sabía qué les reservaba el destino, a manos del nuevo dueño. El Conde Dupi odiaba las cifras. Nunca había sabido cuántas casas de alquiler poseía. Pero era astrónomo profesional y parecía extraordinariamente docto en álgebra, sabía mucho más de sumas y multiplicaciones que la condesa Menti. Idéntica incertidumbre bullía en la mente de los guardabosques, de los ingenieros de montes, de *monsieur* Cavaignac, el cocinero francés, y así hasta el corredor de fincas, que era Consejero del Rey, el cual, en vez de algunas docenas de botellas de coñac, había conseguido, en el transcurso de treinta años, adueñarse de

más de setecientas hectáreas de terreno. Ahora, todos ellos temían lo peor.

Ostie emprendió el viaje a primera hora, dejando en manos de Mihály Ursi no sólo la inmensa propiedad de Ararat sino otro carga: la responsabilidad del destino de Hungría.

Sería una exageración decir que la personalidad y acciones de Mihály Ursi reflejan la historia de la humanidad durante este fatal decenio, ni siquiera la de su pequeña nación. Su nombre no será mencionado en ningún libro de texto, pues aunque apareciera un día en la prensa mundial y en la radio, únicamente brilló unos instantes, igual que una lata de conservas vacía en el avasallador Niágara de los acontecimientos mundiales. Fue sólo una pequeña pero profunda arruga y una amarga sonrisa en el semblante del hombre que, durante la Segunda Guerra Mundial y con posterioridad, ocupó el lugar de soldado desconocido.

Vivió cuatro regímenes diferentes: su infancia, en tiempos de Francisco José; su juventud, entre las dos guerras mundiales, y su edad adulta, bajo el nazismo y después bajo el comunismo ruso. Los archivos de todos los tribunales ante los que fue procesado, todos los informes cuidadosamente preparados de los fiscales, todos los veredictos objetivamente motivados de los jueces, siguiendo escrupulosamente los dictados de las leyes en vigor durante esos cuatro regímenes, demuestran que Mihály Ursi era un revolucionario, un conspirador inquieto e incluso un resistente, un sujeto estúpidamente obstinado, subversivo y cruel, que merecía su destino fatal. En la medida en que cuatro regímenes, tan distintos ideológicamente, declararon unánimemente y con las mismas palabras, que Mihály Ursi constituía

«un verdadero peligro para la sociedad», este juicio general no podía estar errado.

Sin embargo, sin la más remota intención de dudar de los despropósitos de Zaratustra acerca de todos los partidos, cuyo destino, en definitiva, viene marcado por las épocas, ni de las alturas apostólicas de todas las ideas y controversias de nuestros días, no podemos dejar de recordar a Li Pu Ten, poeta chino de la dinastía *Cha Ong*, quien dijo que había tiempos en que no existían hombres peligrosos para la sociedad, sino ciertas sociedades mortalmente peligrosas para todos los hombres honrados, y que eran los fiscales y los jueces de los diversos regímenes, arrojados en sus bellos discursos escarlata y en los sombríos lamentos de sus manifestaciones morales, quienes eran los increíblemente desaprensivos, los conspiradores, los elementos subversivos sorprendentemente estúpidos y bestialmente crueles, y no el hombre desconocido que ocupa el banquillo de los acusados.

Al enfrentarnos a un Mihály Ursi en los albores de la Segunda Guerra Mundial, llevando sobre sus hombros la pesada carga de una gran responsabilidad, revestido de una autoridad absoluta sobre los asuntos de la hacienda de Ararat, dotado de la conciencia, no sólo de un ciudadano húngaro, sino, cabría decir, de un ciudadano del mundo, obrando además en nuestro poder algunos datos sobre su vida, creemos nuestro deber detenernos para decir algo acerca de su origen y de cómo transcurrieron su infancia y adolescencia antes de llegar a aquellos sombríos principios de septiembre de 1939.